

«guía de los mamíferos salvajes de España y de Europa» de F. H. Van Den Brink.

En edición catalana señalaré otro libro importante: **La Universitat i Catalunya**, de Pere Bosch-Gimpera, ex rector de la Universitat Autònoma de Barcelona y eminente científico de renombre internacional que impulso decididamente las investigaciones arqueológicas en España, hasta su exilio en México.

Finalmente hay que saludar la aparición de dos revistas: **Teorema** y **Ethica**. **Teorema**, de la que han aparecido ya tres números de composición muy heterogénea, está publicada por los departamentos de lógica y filosofía de la ciencia de la Universidad de Valencia. Las áreas que abarca comprenden la lógica matemática, la filosofía de la ciencia, la teoría del conocimiento, la dialéctica, el estructuralismo, etc. **Ethica**, de publicación semestral, constituye la primera revista de antropología existente en España. Nacida gracias a los esfuerzos del doctor Claudio Esteve Fabregat, está publicada por el Centro de Etnología Peninsular, adscrito al Consejo Superior de Investigaciones Científicas en Barcelona. Para terminar señalaré el interés del número extraordinario XXVII (octubre 1971) de la revista «Cuadernos para el Diálogo» dedicado a «ciencia, técnica e investigación científica en España», que traza una radiografía de la subnormalidad (miseria y dependencia) de la investigación en España y cuya publicación ha coincidido con el informe de la OCDE sobre el mismo problema.

Otro número de interés de otra revista es el dedicado a «La Gran Barcelona», estudio realizado bajo la dirección de Jordi Borja y Marsal Tarragó sobre el hábitat urbano de Barcelona y publicado por la revista «CAU». ■ **JOAN SE-NENT-JOSA.**

Los «escritos» de Tierno Galván

Primero fue el relevo retórico de las rotundas palabras del carisma por las prosaicas cifras estructurales y coyunturales. Y muy poco después, un desarrollo editorial y un

cambio en la prensa. De muy pocos años a esta parte, el lenguaje se nos modernizó: la semántica nacional había entrado en vías de desarrollo. ¡Y hasta qué punto! De muy altos niveles oficiales procede la siguiente frase, que todavía a principio de los años sesenta hubiese encontrado algún padre Exuperancio del Niño Jesús para llevarla a la hoguera: «Vivimos en un mundo que se caracteriza por sentir como la más arraigada de sus tradiciones la del cambio social, científico y tecnológico, y lo que es más importante, vivimos también el cambio continuo de valores que ya se han desprendido de lo que antes eran tranquilos y estables arcanos de la cultura». Arrollada por la dialéctica de la industrialización, la que fue pavorosa herejía nietzscheana —¡la transmutación de los valores!— deviene oportuna constatación general con plenos honores académicos.

En esta situación, la aparición de los «Escritos (1950-1960)», de Enrique Tierno Galván, es un acontecimiento editorial que exige una singular valoración. Pues Tierno ha sido, entre nosotros, uno de los grandes adelantados de la nueva razón, cuyo afilado lenguaje iba a conseguir romper la granítica espesura del nacionalescolasticismo. La dinámica de la apertura al mercado internacional —su presión omnívoda— impondría, con el nuevo intercambio de bienes y divisas, el nuevo lenguaje del intercambio. La importación de la razón analítica iba a ser decisiva para impulsar el «crecimiento» de la menesterosa cultura nacional: desde el nuevo estilo de la prosa oficial a la agudeza crítica de Rubert o al rigor de Muguerza, circula hoy toda una corriente de modernización semántica que devuelve a nuestra «intelligentzia» una mínima figura occidental. Logro intelectual que se apoya, por lo demás, en la necesidad políticoeconómica de un nivel de racionalidad que haga posible clarificar las condiciones del mercado nacional e internacional para el país. Pues resulta imposible preparar un III Plan de Desarrollo desde esquemas lógicos tridentinos. Y desde la lógica realísima del silogismo esco-

lástico no hay forma de calcular parámetros económicos ni pronósticos demográficos.

El volumen editado por Tecnos contiene, precisamente, la decisiva contribución de Tierno como pionero de la razón analítica en los tiempos (1941-1957) en que Celtiberia, resucitando el fantasma de don Marcelino, soñaba en la restauración académica de Trento. En ese marco, los «Escritos» son testimonio de un patético esfuerzo en solitario frente a la «cultura en



hibernación» de nuestro aislamiento nacional. En aquel momento, la identidad orgánica entre la inercia secular y el lenguaje catedralicio había restaurado la vieja estructura esférica de la verdad, tan cara a nuestros ancestros, los protagonistas y sucesores de la Contrarreforma. Autosuficiente, completa, impenetrable para el exterior, la verdad rellenaba un cosmos vertical y desprovisto de lagunas, de huecos: en las ruedas de molino siempre hay un vacío —el agujero para el eje—, un hueco, que desaparece en la redondez sin fisuras, omnipresente, del bloque esférico.

Frente a la verdad como bloque, Tierno apostaba por el escepticismo crítico. Entendamos tal posición: al plantearse «la realidad como resultado» no hacía sino postular el mundo como el transformable correlato objetivo de una historia humana cuya autoconciencia nunca alcanzaba a agotar la totalidad de ese proceso: «La historia de nuestra actividad como historia del mundo». En esta forma, la autoconciencia crítica de la razón como lenguaje era la negación crítica de toda posible verdad esférica, la quebra de su completud pseudoparmecidea. Por supuesto: ahormado el intelecto nacional en la redondez, necesariamente iba a desmesurar la dimensión crítica de un pensamiento crítico. Que, por lo demás, incurría en la ordinareza de perderse en el análisis de las trivialidades diarias: renunciando a la gloria de lo heroico y al fervor de lo entusiástico, la sociología de lo cotidiano sustituía a la metafísica política. En último término, se trataba, al nivel de una penuria extrema, de plantearse radicalmente una pregunta básica: «¿Qué puedo hacer?». Al servicio de esa autoclarificación subjetiva —no respaldada por el destino de la historia— se ponía la razón crítica: «Explicar es crear en cuanto posibilita la acción». Pero la acción estaba desprovista de todo «pathos» mesiánico: se había despojado de las grandes arquitecturas positivas y se movía en el modesto campo de lo factible. Descargado el peso heroicamente ontológico del Ser o de la Historia, transparecía la propia carga negativa del lenguaje crítico: el lenguaje, para volver a ser instrumento de la razón, se purgaba de toda clase de mitos. El discurso se había llenado de huecos, había perdido su vieja seguridad esférica, se había convertido en riesgo individual.

Por supuesto, para afrontar ese riesgo del pensamiento crítico se recuperaba la libre comunicación internacional con el pensamiento vivo occidental: en el marco de esa estrategia se importaban modernos instrumentales de reconocida eficacia intelectual: el neopositivismo y la

sociología. La lectura de los «Escritos» ilustra sobre su primera puesta en funcionamiento en plena Autarquía. Por caminos diversos y con diversos horarios coincidieron objetivamente en aquella tarea —la importación nacional del «neopositivismo» y de la «sociología»—. Tierno, Aranguren, Sacristán. Acaso habría que hablar aquí sobre la importación de la «dialéctica» y sobre su relación con esas otras dos «mercancías culturales». Pero como referencia iluminadora de la posible dialéctica de tal importación de racionalidad puede bastar la simple memoria del destino académico de esos tres nombres.

El desarrollo semántico también tiene sus costes: máxime cuando más allá de la pura «modernización semántica» lo que se intentaba era impulsar la racionalización crítica de una sociedad secularmente resistente a los virus del pensamiento moderno. Si políticamente la historia española desde 1800 se agota en la monótona repetición de un movimiento de restauración, culturalmente la sombra de la Contrarreforma se ha resucitado una y otra vez para elevar las fronteras de nuestra autarquía espiritual. Parece que ese movimiento va llegando a su fin: con la estructura actual del mercado internacional, todo nuevo cierre peninsular, caso de reproducirse, iría a parar, sin más, a la «Coca-Cola» colonial: no tenemos un mercado nacional suficientemente amplio como para poder costear el mantenimiento de nuestra «diferencia» nacional.

Por muchas razones, en la coyuntura actual hay que saludar la aparición de estos «Escritos». La razón analítica funcionando sin el marco proteccionista de la ortodoxia académica, replanteándose reflexivamente en el momento de su recuperación y apropiación, vuelve a ser rigurosa razón crítica al servicio de una lúcida intencionalidad, cuya temática va a ser múltiple: desde los Comuneros de Castilla y Costa a la vida cotidiana y a la semántica. El discurso —animándose a las veces de ingenio lúdico— tiñe de ironía su propia gravedad. ■ **ANGEL AYALA.**